

una verdadera espina en la corteza del yo. La antigua formulación de Breuer y Freud, en su aparente trivialidad, tiene exactamente el mismo significado: «Las histéricas sufren de reminiscencias»; en efecto, las reminiscencias se encuentran allí, como un objeto interior, que ataca constantemente al yo. La reminiscencia o la fantasía, en el ejemplo de Ema, es la interiorización de la primera «escena». De este modo, protegida de todo desgaste gracias al proceso de represión, la fantasía se transforma en una fuente permanente de excitación libre. Mediante ese desvío de la escena fantaseada introyectada, volvemos a encontrar la noción de fuente de la pulsión que comentábamos en la conferencia anterior a partir de una base muy diferente y apoyándonos en la explicación «biológica» que se nos presenta en *Una teoría sexual*. Todo, puede afirmarse, viene del exterior, según la teoría freudiana, pero al mismo tiempo toda eficacia proviene del interior, de un interior aislado y enquistado.

Citaremos, para terminar, la conclusión del capítulo sobre la *proton pseudos*. En este pasaje, una vez más, la defensa normal está planteada en oposición con esa casi imposibilidad de defensa, o con esa defensa cataclísmica que constituye la represión histérica:

«Por consiguiente, el yo procura no permitir ninguna liberación de afecto, ya que con ello admitiría también un proceso primario. Su mejor instrumento para este fin es el mecanismo de la atención. Cuando una catexia liberadora de displacer escapa a la atención, el yo llega demasiado tarde para contrarrestarla. Tal es, precisamente, lo que ocurre en la *proton pseudos* histérica. [La clave de la explicación será la incapacidad del yo para accionar los mecanismos normales de la atención, en la medida en que el yo sea atacado, por así decirlo, por el lado en que «no lo esperaba». Sus defensas están orientadas en dirección a la percepción. Aquí, van a ser atacadas de flanco. Tendremos que justificar esta terminología «antropomórfica» y en apariencia muy ingenua.] La atención está enfocada sobre las percepciones, porque en general ellas son las que pueden provocar una liberación de displacer. Aquí, en cambio, no es una percepción sino una huella mnemónica la que inesperadamente libera el displacer, y el yo se entera de ello demasiado tarde: ha permitido que se llevara a cabo un proceso primario, simplemente porque no esperaba que ocurriera. Con todo esto quedaría confirmada la importancia de una de las con-

diciones necesarias que nos demuestra la experiencia clínica: *El retardo de la pubertad posibilita la ocurrencia de procesos primarios póstumos*.²⁶

Toda esta especulación puede, en un sentido, parecer demasiado «histórica», y por ende anacrónica, respecto de lo que ahora sabemos —o creemos saber— en psicoanálisis acerca de la psicología de las pulsiones y sobre todo de la psicología del yo. Por ello, para concluir, formularemos una serie de interrogantes destinados a poner más de relieve el carácter todavía actual de esta teoría freudiana.

Primera pregunta: ¿Por qué la sexualidad? La respuesta de Freud es que solo la sexualidad es susceptible de prestarse a esta acción en dos tiempos que es al mismo tiempo una acción de posterioridad. En ella y solo en ella encontramos ese juego complejo y siempre repetido en el seno de una sucesión temporal hecha de ocasiones fracasadas, de «demasiado pronto» y de «demasiado tarde». Se trata fundamentalmente de la relación, en el ser humano, entre su «aculturación» y su sexualidad «biológica», siempre y cuando se comprenda que esta última está ya, por su lado, parcialmente «desnaturalizada». ¿Demasiado tarde? Es la sexualidad biológica con sus etapas maduracionales y esencialmente el momento de la pubertad; esta sexualidad orgánica llega demasiado tarde, no proporcionando al niño (que constituye el tema principal de *Una teoría sexual*) respondientes (*répondants*) «afectivos» y «representativos» suficientes para integrar la escena sexual y «comprenderla». Pero al mismo tiempo la sexualidad como relación interhumana llega demasiado temprano, llega como si fuera del exterior, traída del mundo del adulto.

Aquí viene a injertarse una segunda pregunta: Si lo esencial del esquema freudiano remite a esa dialéctica del demasiado temprano o demasiado tarde respecto de la pubertad, y finalmente del ritmo de instauración de la sexualidad en el hombre, ¿no puede el valor de la explicación subsistir más allá del problema de hecho que plantea la *realidad efectiva de la seducción*? Recordábamos antes, a propósito de la seducción como escena y no como teoría, que Freud, hasta el final de su obra, siguió sosteniendo la realidad de las escenas de seducción. Frecuentemente volvió a este problema, no sin modificar el acento de sus afirmaciones: En última instancia, más allá de

26 S. Freud, en *La naissance...*, op. cit., págs. 368-69; en *Aus den Anfängen...*, op. cit., pág. 438. Los comentarios entre corchetes son míos.

las escenas de seducción por el padre y más allá de la seducción de apariencia abiertamente genital, es a la seducción de los cuidados maternos a la que se refiere como *primer modelo*. Esos cuidados, al polarizarse en determinadas regiones corporales, contribuyen a *definirlas* como zonas erógenas, zonas de intercambio que apelan y provocan la excitación para reproducirla luego en forma autónoma, por estimulación *interna*. Es, pues, la excitación que despiertan los cuidados la que nos da un punto de partida para imaginar en qué consiste, en su origen, la seducción. Empero, aquí nos es preciso avanzar un paso más, es decir, no atenernos a la pura materialidad de los gestos excitantes, si es que es posible concebir aisladamente esa «materialidad». En efecto, se debe concebir que más allá de tal vivencia contingente y fugaz, es la intrusión en el universo del niño de ciertas significaciones del mundo adulto lo que se vehiculiza en los gestos en apariencia más cotidianos e inocentes. Toda la relación intersubjetiva primitiva, la relación madre-niño, es portadora de tales significados. Es este, a nuestro entender, el sentido más profundo de esta teoría de la seducción y sobre todo el sentido que Freud terminó por atribuir a la noción de seducción en sí:

«Las relaciones del niño con las personas que lo cuidan son para él una inagotable fuente de excitación y de satisfacción originadas en las zonas erógenas. La madre, sobre todo, atiende al niño con sentimientos procedentes de su propia vida sexual, y lo acaricia, besa y mece tomándolo claramente como sustituto de un objeto sexual».²⁷

Subrayemos, por otra parte, que no es Freud el único que se interesa en el problema de la seducción: algunos de sus discípulos y continuadores volverán a ocuparse de este concepto, en particular uno de los espíritus más penetrantes entre ellos. Ferenczi, en su artículo sobre la «Confusión de lenguajes entre el niño y el adulto»²⁸ presenta la misma idea bajo la forma de una profunda oposición entre un universo infantil —caracterizado por lo que el autor llama la «ternura»— y un universo adulto donde dominaría la «pasión». Por pasión, Ferenczi entiende la sexualidad, no solo en cuanto a los elementos agresivos explícitos que entrafía, sino en razón de lo «negativo»

27 S. Freud, *Trois essais...*, *op. cit.*, pág. 133; en *G.W.*, vol. v, pág. 124.

28 En *Final contributions to the problems and methods of psycho-analysis*, Londres: Hogarth Press, 1955, págs. 156-57.

que está, por así decirlo, intrínsecamente fusionado con ella: lo «negativo» del goce llevado al extremo del aniquilamiento del orgasmo, lo negativo de lo prohibido, de lo que no se debe hacer y sobre todo lo que no se debe decir. Para él el lenguaje de la ternura y el lenguaje de la pasión confluyen en el niño, y es ese choque el que se encuentra en el origen del trauma, del primer conflicto psíquico.

Acostumbrémonos, pues, a la idea de que las significaciones que están implícitas en el mínimo gesto parental son portadoras de las fantasías de los padres; en efecto, se olvida con demasiada frecuencia cuando se habla de la relación madre-niño o de la relación padres-hijo, que también ellos tienen sus propios «complejos», sus deseos signados de historicidad, de manera que reconstruir el complejo de Edipo del niño como una situación triangular, olvidando que en dos de los vértices del triángulo cada protagonista adulto es a su vez, por así decirlo, portador de su triangulito y a la vez de toda una serie de triángulos encajados los unos en los otros, es desentenderse de un aspecto esencial de la situación. Finalmente, la estructura edípica completa está presente *desde el primer momento*, a la vez «en sí» (en la objetividad de la configuración familiar) pero sobre todo «en el otro», fuera del niño. La vía de apropiación de este «en sí» pasa primeramente por una aprehensión —confusa y en cierto modo monstruosa— del complejo en el otro primordial (en principio: la madre).

Entre los continuadores de Freud más originales y más abiertos al descubrimiento del inconsciente, nos referiremos aquí, después de Ferenczi, a Melanie Klein. No ignoramos las «inverosimilitudes» que profiere, ni tampoco la obstinación con que le han sido reprochadas. Pretende introducir, en la cronología de los estadios libidinales establecidos por Freud, un desquicio inaudito. Freud enseña, esquemáticamente, que el niño tiene en un principio una actividad sexual oral, luego una sexualidad anal, a continuación una sexualidad fálica, y que en relación con esta, hacia los cuatro o cinco años de edad, comienza a aparecer lo que se llama el complejo de Edipo, la problemática de la castración y, finalmente, la genitalidad. Al punto de que para algunos psicoanalistas, que consideran los hechos con un criterio quizás un tanto apresurado, «edípico» y «genital» son a veces considerados como sinónimos. Del mismo modo, se habla a menudo de lo «pre-edípico» —es decir las relaciones que preceden a la estructura triangular niño-madre-padre— como si perteneciese igualmente a la esfera de lo «pre-genital», actuando únicamente dentro del registro de las actividades sexua-

les elementales y no genitales como son la oralidad y la analidad. Ahora bien, Melanie Klein introduce en este campo el más completo desorden conceptual y cronológico: habla, por ejemplo, de incorporación oral del pene, sitúa en el primer año de vida un complejo de Edipo «precoz», piensa que el padre, o al menos su pene, desempeña un papel para el niño de pocos meses. Cada proposición, cada interpretación de Melanie Klein viene a revolucionar nuestras ideas heredadas: no solo nuestro dogmatismo freudiano, sino también nuestro «sentido común» (que, como ya lo demostrara Freud, puede ser muy engañoso); ¿cómo un niño de seis meses o de un año podría temer, por ejemplo, una intrusión en su cuerpo del pene de su padre, intrusión susceptible de acarrear los peores desastres: quemadura, desgarramiento, devoramiento del interior, despedazamiento, etc.? ¿A qué pueden corresponder tales procesos o tales fantasías, a las que muy escasos elementos, en la observación directa del niño, pueden corroborar? Es indudable que esta especie de crudeza o de ingenuidad en el enunciado de los escenarios más absurdos puede parecer chocante, sobre todo si no se la vuelve a poner en relación con una *práctica de la interpretación* en el análisis de niños. Empero, aun dejando de lado esa nueva perspectiva respecto del efecto de una práctica, estamos persuadidos de que existe una verdad teórica del pensamiento kleiniano, una manera de reinterpretarlo descubriendo lo que puede, en la «realidad psíquica», constituir su fundamento. Es precisamente el hecho de que, a partir de las primeras relaciones —así se trate de relaciones «duales» únicamente con la madre—, aunque el padre estuviese ausente (y en realidad lo está casi totalmente, como personaje real, para el lactante), cierta presencia de un tercer elemento empieza a desempeñar un papel. En este sentido, el padre está presente desde el primer momento, incluso si la madre es viuda: está presente porque la propia madre ha tenido un padre, porque también ella aspira a un pene; y además, lo sabemos, porque la madre busca en su propio hijo, y *más allá* de él, el pene que desea. Estas verdades, que se confirman cotidianamente en el psicoanálisis de la mujer pero que olvidamos con tanta facilidad cuando se trata del hijo de esa misma mujer, son las que, a través de su desvío fantástico, el kleinismo viene a rememorarlos.

Lo que se describe de manera esquemática y casi caricaturesca como un *suceso* dentro de la teoría freudiana de la *proton pseudos* es, comprendámoslo bien, una especie de implantación de la sexualidad adulta en el niño. Creemos que cabe reinterpretarlo,

no ya como un suceso, como un trauma vivido y fechable, sino como un hecho a la vez más difuso y más estructural, un hecho más originario también en el sentido de que está tan ligado al proceso de la humanización que solo mediante una abstracción podemos concebir la existencia de un hombrecito «antes» de esta seducción. Ya que, seguramente, hablar de un niño en principio «inocente» equivale a forjar un mito exactamente simétrico al de la seducción. Lo cual nos lleva a una *tercera observación*:

Nos habíamos propuesto, al comenzar este segundo capítulo, un tema que tememos no haber tratado sino muy parcialmente: la sexualidad y el orden vital dentro del conflicto. Hemos mantenido nuestra promesa en el sentido de que, en efecto, nos hemos preguntado, con Freud y siguiendo a Freud, cómo se explica que la sexualidad se encuentre en el centro del conflicto psíquico. Pero ¿cuál es el factor —o la fuerza— que entra en conflicto con la sexualidad? Aquí nos encontramos con toda una serie de respuestas posibles, pero en principio no citaremos más que dos. Primera solución: Si es verdad que estamos efectivamente en presencia de esa especie de irrupción de la sexualidad humana en el orden vital, si es la «vida» lo que la sexualidad viene a trastornar, ¿no sería quizás el conjunto de las fuerzas que protegen a esta vida —reunidas bajo el término de «pulsión» de autoconservación— lo que constituiría el motor de la represión? Sin embargo —lo decíamos hace un momento—, es dudoso que tengamos el derecho de hipostasiar este orden vital, en el ser humano, como un «antes», un *a priori* o una infraestructura. Todo cuanto sabemos acerca de los mecanismos vitales elementales en el recién nacido, si los comparamos con lo que acontece en el animal e incluso en el animal recién nacido, nos demuestra, por el contrario, el carácter profundamente inmaduro de estas funciones vitales en el ser humano; y precisamente por esa vía se introduce la sexualidad.

En cuanto a la segunda respuesta, Freud nos la presenta en su obra desde el comienzo mismo: Lo que se opone a la sexualidad, lo que es atacado por ella «desde el interior», es el «yo». Hemos visto que el sentido de la *pseudos*, de la mentira o falacia es *al mismo tiempo* que el yo está cercado, que es atacado de flanco como en una estrategia de guerra. La «proton pseudos» es también esta estrategia: el yo es atacado de flanco, por donde «no lo esperaba»; se ve invadido, desarmado, a merced del proceso pulsional, de ese proceso primario contra el cual estaba, no obstante, perfectamente *constituido*.

De este modo, nuestra reflexión sobre el conflicto y nuestra interrogación respecto de las fuerzas que se oponen a la sexualidad nos llevan al tema de nuestros dos próximos estudios: la problemática del yo.

3. El yo y el orden vital

Ante todo, recapitulemos el resultado de nuestros dos primeros estudios: La sexualidad emerge, en el pequeño ser humano, por *desviación y repliegue autoerótico* de los procesos vitales. Y, por otra parte, la sexualidad —siempre tomando este término en su acepción «generalizada»— aparece, por así decirlo, implantada en el niño a partir del universo parental, de sus estructuras, sus significaciones y sus fantasías. Trátase, evidentemente, de las dos caras de un mismo proceso: interiorización autoerótica y constitución de ese «cuerpo extraño interno» —la fantasía— fuente incesante de la pulsión sexual. Empero, la segunda perspectiva viene, por otra parte, a corregir la primera en profundidad. En el primer caso, la génesis implicaría aún surgimiento, proceso lineal o, por así decirlo, una especie de secreción de la sexualidad por parte de todos los procesos vitales, lo cual entrañaría, en un tiempo *anterior* al autoerotismo, la existencia coherente de un orden vital en el hombre. La segunda perspectiva, por el contrario, solo nos permite concebir los fenómenos como caracterizados por la posterioridad y la retroacción. La irrupción de la sexualidad a partir del otro implica claramente una referencia biológica, aunque de naturaleza muy particular. Lejos de acabar en la sexualidad por su propia florecencia, es por su insuficiencia que el orden vital suscita la intrusión del universo adulto. Debilidad, inmadurez del orden vital en el niño, son términos a los que estamos acostumbrados, ya en Freud, y que permiten comprender que en toda su extensión ese «orden» vital esté contaminado por el «orden» sexual. *Contaminado* pero también *sostenido* por él. ¿Por qué suele ser necesario obligar a comer a los niños? ¿Por qué hay que ofrecerles «una cucharada para papá, una cucharada para mamá», es decir, una cucharada por el amor de papá, una cucharada por el amor de mamá, si no es porque el apetito está en el niño vicariado y sostenido por el amor? La prueba *a contrario* reside en la anorexia mental, donde la perturbación de orden sexual induce directamente una perturbación de la autoconservación, de la función alimentaria.